SIN RESPETO

Una crisis social



Byung Chul-Han (Seúl, Corea del Sur, 1959) estudió filosofía en la Universidad de Friburgo y literatura alemana y Teología en la Universidad de Múnich. En 1994 se doctoro con una tesis sobre Martín Heidegger en dicha universidad. En la actualidad es profesor de filosofía y Estudios Culturales en la Universidad de las Artes de Berlín. Escribe en alemán y es autor de más de quince libros. Se le puede considerar unos de los filósofos contemporáneos más destacados y uno de los pocos que han conseguido salir de la academia y convertirse en un autor leído por un público generalista culto. Probablemente es más un amable divulgador de lo que se cuece en el pensamiento contemporáneo que el autor de una obra filosófica destinada a perdurar en el tiempo.

***Sin respeto,* que lleva por subtítulo una crisis social, su último libro es, como todos los suyos, breve, intelectualmente nutritivo, y accesible para el lector con cierto bagaje cultural, pero no necesariamente ducho en filosofía. Son ocho capítulos, que bien podrían ser artículos más o menos independientes, en los que sin miedo a ser tachado de conservador o nostálgico, Han defiende el respeto hacia el otro como garantía y condición de una sociedad civilizada. Reivindica, además, la cortesía, incluso lo que tiene de protocolaria y teatrera, como elemento irrenunciable para la existencia de una vida pública saludable.**

El punto de partida de Han es aparentemente sencillo, pero sus consecuencias resultan inquietantes: el respeto, entendido como reconocimiento de la existencia y dignidad del otro, pierde terreno en una sociedad dominada por el narcisismo, la competencia y la exposición permanente. Allí donde antes operaban ciertas formas de distancia, consideración y cortesía, hoy se impone una cultura de la desinhibición en la que cada individuo está llamado a mostrarse, posicionarse y reclamar atención.

Parafraseando a Rawls y su obra «Una teoría de la justicia» (1971), afirma que «quien no se respeta a sí mismo, no

tiene autoestima o incluso llega a odiarse, y acabará menospreciando también a los otros. El respeto por uno mismo y el respeto por los demás van de la mano»; un respeto que debe construirse desde y por uno mismo y, además, «debe cumplir dos condiciones. Requiere un "firme convencimiento sobre la concepción del bien que tenemos y que nuestro proyecto de vida merece la pena de realizarse". Por otra parte, es necesario tener "confianza en la propia capacidad, en la medida que sea posible, de llevar a término los propios propósitos"». Así, el autor destaca el respeto como elemento fundamental de la integridad como personas y el propósito vital que anhelamos conseguir.

Pero, uno de los posibles mayores impedimentos con los que nos podemos encontrar es tener que lidiar con un ambiente inerte, un terreno casi hostil a los valores y a los ideales, pues el mundo que nos rodea intenta limitar nuestra autonomía como individuos; el autor reprende directamente al sistema neocapitalista que impera actualmente en gran parte del mundo por atentar a los principios que deberían regir una sociedad, ya que «la sociedad bien ordenada no es una sociedad del rendimiento, sino una sociedad del respeto». Esta aseveración confronta radicalmente el régimen neoliberal quien «aísla las personas y las convierte en combatientes individuales» de manera que «la 'idea del bien' que es la noción que rige la sociedad bien ordenada, recula delante del materialismo de la propiedad». Por este motivo, «en la sociedad del rendimiento, todos se enfrentan a todos, y eso sucede en todas las capas sociales. Ya no hay solidaridad, ni tan siquiera entre los perdedores». Esta situación es algo que el tecnocapitalismo ha alimentado, nutrido y aumentado a través de las redes tecnológicas en las que todos, en mayor o menor medida, hemos caído.

El autor identifica los diferentes aspectos en los que el respeto (o la falta de) inciden en la sociedad. Así, nos habla de una atención hacia los demás en lucha (perdida) con el egocentrismo que aparta la mirada al entorno que nos rodea para dirigirla hacia el propio ombligo en busca de una identidad influenciable y frágil, infravalorando una

alteridad que permitiría la contraposición de ideas o razonamientos se manera que lo que podría ser un diálogo respetuoso acaba derivando en una confrontación entre semejantes en nuestras sociedades cada vez más polarizadas.

En este ensayo se menciona profusamente la figura de Kant, como bastión de la ética a través de su imperativo categórico y se fundamenta en su ideología para sustentar la defensa de unos principios que deberían regir la conducta de cada uno para fomentar el respeto a los demás, afianzar el respeto a uno mismo y no desviarse ante las tentaciones externas que intentan quebrantar la rectitud moral hacia intereses ajenos, especialmente en una sociedad sometida al dictado de las tecnológicas, «el ser humano no puede ser utilizado únicamente como medio para nadie más —ni tan siquiera para él mismo—, sino que siempre tiene que representar una finalidad. Esto es lo que conforma su dignidad (…) El imperativo categórico permite actuar de manera que "la humanidad se considere, tanto en propia persona como en cualquier otro, siempre como a un fin y nunca como a un medio"». Por ello, Han se manifiesta contra el sistema económico actual, pues se rige por un imperativo capitalista que denigra las personas atribuyéndoles un valor de mercado hasta el punto de pasar de la autodeterminación a la autoexplotación donde todo tiene un precio y, con ello, se sacrifica la identidad, De esta manera, el respeto es el resultado de un logro, una consecución, un valor atribuible al rendimiento, no un valor per se inherente a toda persona.

Para el autor, «la práctica del diálogo implica estar dispuestos a revisar nuestra opinión o incluso adoptar la del otro, sin que esto suponga una amenaza para nuestra identidad. En un debate ideal se produce una división clara entre opinión e identidad». Para ello, es necesario un ejercicio honesto de humildad y estar dispuestos al contraste de opiniones (debidamente argumentado) pues anquilosarnos en una creencia nos ata a un inmovilismo ideológico que nos impide avanzar. De igual manera, debemos tener una mirada amplia al conocimiento y a la

alteridad, separando lo que somos de lo que pensamos pues, si lo atamos como a un solo tótem, corremos el riesgo de sentirnos cuestionados o creernos interpelados a cambiar la manera de ser; eso es algo que deberíamos evitar, pues «si alguien vincula su identidad a una manera de pensar o convierte los aspectos fácticos en una cuestión de identidad, está incapacitado para el debate». Somos conscientes que «no siempre conseguimos que se mantengan separadas la opinión y la identidad, porque las opiniones a menudo se anclan en nuestra auto imagen, que muchas veces no se dejan cuestionar», pero debemos luchar contra ello si queremos desprendernos de antiguos pensamientos que lastran el avance y el progreso.

El ensayo finaliza con una afirmación acerca de la IA, «como ha pasado a menudo, el ser humano se convierte en esclavo de sus propias creaciones». Quién sabe si, al final, nos pasamos gran parte de la infancia y la adolescencia intentando aumentar nuestras capacidades intelectuales cuando lo que realmente deberíamos hacer es desarrollar y afianzar nuestros valores.

Como comentaba al principio de esta reseña, quizá no nos encontremos con nuevas ideas, pero parece interesante reflexionar acerca de cómo nos estamos constituyendo como sociedad y la lectura de este libro nos pueden abrir interrogantes y reflexiones acerca de cómo estamos y donde nos situamos en este nuestro mundo.